

rona del martirio. Un pecador escandaloso que habia querido reducir á la penitencia, se levantó contra él, y le mató. El virtuoso rey Erico tuvo la misma suerte, lleno de heridas que le hicieron unos malvados mientras oia la misa el día de la ascension de nuestro Señor. Los milagros obrados sobre los sepulcros del prelado y del príncipe consolaron á los fieles de su pérdida, y fueron á los ojos del pueblo testimonios auténticos de su santidad.

La Livonia, provincia confinante con la Finlandia, recibió tambien en este siglo las primeras lecciones del christianismo por los cuidados de un canónigo de Sigeburga, llamado Meinardo. Antes de emprender este piadoso eclesiástico la conversion de los libonios, hizo muchos viages á aquel pais para estudiar su lengua, carácter y costumbres. Quando estuvo bien instruido de todo, y que los enlaces que habia formado en el pais le hicieron esperar una acogida favorable, empezó á predicar el Evangelio y á combatir la idolatría. Bendixo Dios de tal modo sus trabajos, y los que se le unieron le ayudaron con tanto zelo, que llegó en breve á estado de fundar una iglesia en Riga, capital del pais, y darle sacerdotes. El virtuoso misionero fué el primer obispo de esta nueva iglesia, que tardó poco en hacerse numerosa. La nacion de los esclavos rugianos, aun idólatras, abrazó el christianismo hácia aquel tiempo; debiendo su conversion al zelo de Valdemaro I, rey de Dinamarca, príncipe religioso, que se aplicaba igualmente á la propagacion de la fe y prosperidad del estado.

El estado del christianismo en España era qual le vimos en el siglo precedente. La rivalidad de los christianos y musulmanes ocasionaba muchos males, pero tambien producía algunos buenos efectos; obligando á los fieles á instruirse para disponerse á argüir contra los mahometanos, refutar sus objeciones, y poner patentes los absurdos del alcoran. Precisaba á los pastores á velar sobre sus rebaños, para alejarlos de la seduccion, ilustrándolos y exhortándolos, á fin de fortificarlos en los puntos que eran el asunto ordinario de las controversias entre los sectarios de mahoma y los christianos. Observados los católicos continuamente por unos enemigos envidiosos y sagaces, se veian forzados á vivir con la mayor circunspeccion, y honrar su fe con la regularidad de su conducta. Sin duda se debe

atribuir á esto el zelo, la luz y pureza de costumbres que brillaron en las diferentes partes de la iglesia de España. Los papas miraron de un modo particular esta porcion importante del imperio christiano, en que su autoridad habia adquirido un grande influxo desde el pontificado de Gregorio VII. Ademas de los intereses de la fe, tenian motivos poderosos para desear la conversion ó expulsion de los moros; y así veremos que trabajaron con ardor en esta empresa, empleando en lo sucesivo en este objeto la actividad de los cruzados.

ARTICULO VI.

Observaciones sobre la iglesia de Roma, y sobre el carácter de algunos de sus pontífices del siglo XII.

La Iglesia no tuvo el dolor de ver sobre la silla de san Pedro en este siglo papas escandalosos y desarreglados que la deshonrasen, como habian hecho algunos en el precedente. Diez y seis ocuparon la santa sede en este espacio de tiempo; todos fueron irreprensibles en sus costumbres, muchos tuvieron prendas que les hicieron aptos para gobernar bien la república christiana, y algunos fueron tan recomendables por sus talentos, como por sus virtudes; tambien los hubo entre estos que mostraron en las mas serias coyunturas una superioridad de luces y de valor, digna del supremo lugar que ocupaban. Si no desplegaron todo el zelo que de ellos debía esperarse contra los abusos que servian de pretexto á los enemigos de la Iglesia para levantarse contra ella; si pareció que cerraban los ojos á los que reynaban en la corte de Roma; esto no fué, sin duda, porque ignorasen lo que las obligaciones de su ministerio exigian en esta parte. Pero la desgracia del tiempo, la naturaleza de las circunstancias, lo arduo de los negocios, y la necesidad que tenian de apoyarse de los que los rodeaban, y por conseqüencia de congraciarles, los arrastraron á una condescendencia que imaginaban necesaria á sus intereses y seguridad. Se quisiera solamente que estos pontífices mas atentos á los males de la Iglesia y á las obligaciones esenciales del sacerdocio, hubiesen cuidado ménos de las cosas temporales. Pero de de Gregorio VII. la ocupacion de los papas, sin exceptuar muchos virtuosos y moderados,

fué el engrandecimiento de la santa sede, y la conservacion de los derechos que sus predecesores se habian atribuido.

De aquí nacia las perpetuas desavenencias de los papas, ya con los emperadores sobre las investiduras y los dominios que ellos llamaban el patrimonio de san Pedro, y con los romanos sobre dominar como soberanos en la ciudad; ya con los príncipes normandos acerca de la Pulla, de la Calabria y de la Sicilia, que se miraban como feudos de la santa Silla; de aquí tambien la condescendencia que hacia disimular á los papas mejor intencionados aquella multitud de abusos que reynaban al rededor de ellos, aquella avaricia de los cardenales, aquel fausto y aquella magnificencia profana con que se presentaban en su corte. La misma indiferencia, ó por mejor decir, la misma política, los hacia sordos á las quejas que de todas partes se levantaban contra la codicia de los oficiales Romanos. Para juzgar de los abusos introducidos en la corte de Roma, del luxo con que en ella se vivia, y de las vexaciones que se exercian para subvenir á los dispendios de los grandes, es preciso leer las cartas de san Bernardo al papa Eugenio III., y principalmente sus libros de la consideracion dirigidos al mismo pontífice. Aquel santo doctor pinta allí con los colores mas vivos la voracidad de una muchedumbre casi innumerable de abogados, procuradores, escribanos, y de otras gentes de negocios que vivian á expensas de los que iban de todo el mundo christiano á defender sus causas al tribunal del papa. Se extiende en él por menor de las tramas, de los altercados, y de las vexaciones, que era el único estudio de esta especie de hombres: pinta sus gritos, sus movimientos, el tumulto y la confusion que ocasionaban; describe el tropel de los litigantes y pretendientes que estaban en movimiento al rededor del papa y de sus ministros; hace ver todas las pasiones activas é inflamadas que se agitan, se chocan, que toman todas las formas, y se doblan de todas maneras para sorprehender ó arrancar lo que desean. De todo esto concluye, que Roma era una morada de disturbios, un teatro en donde la ambicion, el interes, la venalidad, la mala fe renovaban cada dia las escenas de mas turbacion: se lamenta de que su discípulo hubiese dexado el reposo de la soledad para vivir en un lugar, en que la piedad y

la inocencia eran tan extrañas como el desinterés, la modestia y la probidad.

Todos los santos personajes de aquel tiempo hablaban del mismo modo, aunque no entrasen en el exámen tan individual de lo que pasaba en Roma. Pedro el venerable, abad de Cluni, Pedro de Blois, y generalmente todos los escritores sólidos y piadosos de Occidente, declamaban contra los mismos abusos, y los pintaban casi con los mismos colores. Pero nada hay mas notable ni que haga mas fuerza á este respecto, que los coloquios de Juan de Sarrisberi con el papa Adriano IV., su compatriota y amigo. Descontento Adriano de los romanos, habia puesto á la ciudad entredicho, y retiradose á Benevento. Juan de Sarrisberi fué á verle, y estuvo tres meses con él. En una de sus conferencias particulares preguntó Adriano á su amigo lo que se decia de la iglesia de Roma, y de él mismo que era su cabeza. Juan le respondió con una franqueza y libertad, que hacia honor á los dos: «se dice en alta voz que la iglesia de Roma mas se muestra la madrastra que la madre de las otras iglesias; que en ella se ven hombres vanos y ambiciosos, mas zelosos de dominar sobre el clero, que de hacerse el exemplo del rebaño; que solo se ocupan en acumular mucho oro y plata, y que parece hacen consistir su religion en el amor de las riquezas percederas; que todo es venal en aquella ciudad, hasta las cosas mas santas y aun la misma justicia; que el papa mismo es un gravámen para todas las iglesias, por las sumas que de ellas exige para mantener el fausto de su corte, y alimentar la codicia insaciable de los que le rodean.» Esta era la pintura que uno de los mas sábios y virtuosos prelados de la iglesia de Francia hacia de la corte de Roma, hablando con uno de los papas de este siglo, á quien adornaban las mas apreciables calidades.

Los cismáticos que tomaron el partido del anti papa Gregorio VIII., y los que siguieron el del cardenal Octaviano, y sus dos sucesores en tiempo de Alexandro III., autorizaban su rebellion declamando contra los abusos y los desórdenes que los pontífices no reprimian. Estos eran los pretextos con que los enemigos de la santa sede disfrazaban los motivos de odio ó de ambicion que les hacian obrar. Reprochaban al papa sus vastos dominios, su numerosa familia, sus palacios llenos de muebles precio-

los, el fausto de sus cortesanos, la altivez de sus curiales, el imperioso tono de sus legados, y la pompa mundana que brillaba al rededor de ellos. Tal era el ordinario asunto de las indecenas declamaciones de Arnaldo de Brescia y sus partidarios. Los griegos no cesaban de repetir lo mismo, y sus escritos contra la iglesia Latina, la afectacion de grandeza y autoridad, por lo qual echaban en cara á los pontífices romanos que se igualaban á los reyes de la tierra, era el objeto ordinario de sus quejas. Los grandes de Roma, por su parte, á la cabeza de las facciones que dividian la ciudad, suscitaban cada dia nuevas dificultades á los pontífices para retardar los progresos de su poder que les daba zelos; habian levantado fortalezas en los diferentes quarteles de Roma; estaban armados con los de su partido; siempre dispuestos á hacer irrupciones para atacar á los peregrinos, saquear las iglesias, alterar las elecciones quando la santa sede estaba vacante, procurar la de un sugeto que fuese de su agrado, y arrojar y perseguir á los pontífices, cuyo zelo y firmeza temian.

De este modo la iglesia de Roma, centro de la unidad católica, cabeza y maestra de las demas, por la extensión de su jurisdiccion como por la pureza de su doctrina, estaba en una continua agitación. Qué habilidad, qué talentos, qué aptitud para los negocios, qué cúmulo de qualidades, las mas raras, no se necesitaba para ocupar un puesto cercado de tantas borrascas? Por qué medio se habia de dar expediente á tantos negocios, decidir tantas cuestiones, arreglar todas las diferencias, sostenerse contra todas las potestades, resistir á una multitud de enemigos, abrazar todas las partes de la república christiana tan distantes unas de otras, y proveer á las necesidades de todas las iglesias, siguiendo siempre el mismo plan, afirmando mas y mas el poder que se invocaba de todas partes en el mismo tiempo que se aspiraba á ponerle límites? Esta obra, maestra de política, fruto de la prudencia y de la constancia mas admirable, es tanto mas pasmosa, quanto los otros gobiernos carecian aun de principios fixos y ciertos en la administracion interna, y en la conducta exterior. Lo que sorprende aun mas es el ver un sistema tan profundo, seguido con tanta exactitud por una corte, cuyo gefe era electivo, y muchas veces se mudaba. Pero si hubo

algunos papas menos hábiles ó menos atentos á aprovecharse de las circunstancias, los hubo tambien que por un ingenio elevado, y por un gran uso de los negocios, eran muy propios para seguir y perfeccionar lo que sus predecesores habian tan felizmente comenzado.

Pascual II. que ocupaba la santa sede al principio de este siglo, se habia formado en la escuela de Gregorio VII. y tomado sus principios. No fué menos zeloso de la disciplina, que hábil en los negocios. Mas flexible que su maestro, supo acomodarse á las circunstancias; y un pontificado de mas de 18 años le puso en estado de consolidar por la práctica las máximas que se habian hecho en cierto modo el derecho público de la Europa. El emperador Henrique V. que le tenia prisionero, obtuvo de él quanto quiso mientras estuvo en su poder. Pero qué ventajas pretendia este príncipe sacar de un título que la fuerza arrancaba á su prisionero, que debia esperar fuese disputado y anulado, como en efecto sucedió luego que pudieron desmentirle y tratarle impunemente? Por esta conducta, Henrique no parecia anunciar que él mismo dudaba de la legitimidad de un derecho que tenia necesidad de apoyarse con actos forzados? Sucedió lo que Henrique debia preveer. El decreto que Pascual le habia concedido por premio de su libertad habiendo sido dado por nulo y abusivo por el consejo del pontífice y los obispos, solo sirvió á mostrar la debilidad de una causa que estribaba en semejantes medios. La retractacion pública y solemne que se hizo, vino á ser una nueva preocupacion contra las investiduras, y la corte de Roma supo convertir á favor de sus pretensiones el título que el emperador creia haber adquirido contra ella.

Gelasio II., sucesor de Pascual, fué un pontífice de una piedad edificante, de un carácter pacífico, y de una admirable paciencia en las pruebas que tuvo que sostener. La faccion de los frangipanes, adicta al emperador, no habiendo podido impedir su eleccion, resolvió turbar su pontificado por todos los medios que el artificio y la violencia pudieron sugerirle. No contentos los sediciosos con maltratar al papa y los cardenales que le habian elegido, llegaron al extremo de obligarle á huir de Roma, y Henrique V. que los protegia acabó lo que ellos habian empezado, haciendo elegir un anti-papa con el nombre de Gregorio VIII.

Gelasio perseguido en Italia, y habiendo muchas veces estado en peligro de caer en manos de sus enemigos, despues de fatigas y riesgos halló finalmente un asilo en Francia, y murió en Cluni con las disposiciones de piedad que habia manifestado siempre en medio de los trabajos que no habian cesado de abrumarle despues de su exáltacion.

Calixto II., que subió a la santa sede en aquellos tiempos de turbaciones y partidos, supo reunir las prendas de un grande hombre á las virtudes de un sábio papa. Era arzobispo de Viena en el designado, quando le eligieron para ocupar la silla apostólica. Su nacimiento era ilustre, pues estaba emparentado con el emperador, los reyes de Francia y de Inglaterra. Pero su valor, su firmeza, y su grandeza de alma, le hacian superior á su noble nacimiento. Su entrada en la capital del mundo christiano fué un verdadero triunfo. La ventajosa idea que se tenia de su mérito, hizo se le recibiese como á un libertador que venia á restablecer el buen orden, y reducir á su deber á los que la turbaban. Justificó con su buena conducta y su talento el concepto que de él se habia formado. Las facciones se disiparon; el anti-papa fué despojado de la autoridad que habia usurpado; los frangipanes perdieron su reputacion, y los castillos en que se habian fortificado los demas pequeños tiranos que los imitaban, vieron que podian ser reducidos; y la calma y seguridad volvieron á aparecer en Roma, de donde tantos sediciosos parecian haberlas desterrados para siempre.

Los pontificados de Honorio II., de Inocencio II., de Celestino II., y de Lucio II., fueron breves, y no ofrecen otro suceso de consideracion que el cisma de Pedro de Leon, conocido baxo el nombre de Anacleto II., que disputó la santa sede á Inocencio II. Pero habiendo reconocido la mayor parte de los reyes christianos á Inocencio por papa legítimo y el sucesor de Anacleto, habiendo voluntariamente desistido de toda pretension á la silla, se terminó felizmente la division que durante algun tiempo habia habido en la Iglesia.

Despues de estos papas un monge educado en la virtud baxo la escuela de san Bernardo fué elevado á la silla apostólica; éste era Eugenio III., abad de san Anastasio en Roma. En su eleccion tuvo, como la mayor parte de sus predecesores, grandes desavenencias con los romanos

siempre tumultuados y conducidos por cabezas de faccion, que los entretenian con las esperanzas quiméricas de restablecer el gobierno republicano, y acaloraban los ánimos con sus discursos, poniéndole delante continuamente al pueblo el valor y las hazañas de los antiguos romanos, á los quales estaban tan léjos de semejar. Solo se hablaba de restablecer el capitolio, el senado, el orden equiestre, los cónsules y los demas magistrados de la república. Inflamados los sediciosos con los razonamientos de Arnaldo de Brechia que exhortaba á la rebelion con una audacia sin exemplo, llenaron la ciudad de turbacion y de violencias. Forzaron las casas de los cardenales y de los otros eclesiásticos, y las saquearon como en una guerra, obligaron á los peregrinos á entregarles las ofrendas que llevaban, y mataron un gran número. Aunque Eugenio con su prudencia y fortaleza calmó la discordia, y reduxo los romanos á pedirle la paz, la morada de Roma se le hizo tan desagradable que resolvió alejarse de ella. Pasó á Francia, en donde Luis el Joven y los obispos le recibieron con los testimonios de honor y respeto que los soberanos pontífices allí habian experimentado siempre. Visitó la catedral de París y la iglesia de santa Genoveva. Reformó el clero, poco exemplar, de esta última, y puso los canónigos regulares de san Victor. Fué tambien á Claraval, en donde habia sido monge y bebido el gusto de la piedad, y edificó tanto aquella comunidad con su modestia y humildad, quanto experimentó una buena acogida de parte de los religiosos que la componian. Habiéndole llamado á Italia las cosas de la Iglesia, pasó allí los últimos años de su pontificado tan tranquilos como los otros habian sido penosos y agitados, muriendo en Tivoli el año de 1153.

Entre los sucesores de Eugenio III., la mayor parte, exceptuando á Lucio III., fueron hombres de mérito que honraron la silla apostólica con su zelo y exemplares virtudes. La historia nos pinta con estos bellos colores á Urbano III., piadoso, caritativo, de costumbres edificantes, y de una sabia conducta; á Gregorio VIII., sábio, de una vida pura é irreprehensible, pero que no vivió bastante tiempo para hacer todo el bien que de él se esperaba; Clemente III., hábil y prudente en el gobierno, y que ardia en zelo por el recobro de la tierra santa; y á Celestino III., que reunia la piedad mas eminente á la ex-

perencia mas consumada en el manejo de los negocios. Pero los mas célebres y dignos de ser conocidos por sus grandes prendas y carácter sublime, fueron Adriano IV. y Alexandro III.

Adriano nacido en la obscuridad, solo debió su elevacion á su mérito. La Inglaterra era su patria; la extrema pobreza de sus parientes no le dexó en su infancia otro arbitrio que el de entrar á servir en una comunidad de canónigos Reglar-s de san Rufo. Allí fué en donde estudió los primeros elementos de las ciencias; al cabo de algunos años su talento y piedad le hicieron admitir en el número de los religiosos, llegando con el tiempo á ser general de la orden. Eugenio III., que conocia su mérito, le creó cardenal, y le dió el obispado de Albano. Para hacer aun mas útiles á la Iglesia su talento y capacidad, le envió este papa á Dinamarca y Noruega en calidad de legado. Trabajó en aquellos remotos climas con tanto zelo y constancia en la conversion de los infieles, que reduxo un gran número á Jesu-christo. De regreso á Roma, despues de haber desempeñado su comision tan gloriosamente, esperaba gozar de algun reposo, quando fué elegido para ocupar la santa sede, vacante por muerte de Anastasio IV., sucesor inmediato de Eugenio III. Elevado contra su esperanza y sus deseos á la cátedra pontificia, halló á Roma nuevamente agitada de facciones, que hacian á la capital del mundo christiano ménos segura que un bosque infestado de salteadores. Los sediciosos, animados siempre de Arnaldo de Brescia, llevaron la violencia hasta herir al cardenal Gerardo. Adriano para mostrar á los romanos quanto le desagradaba su atrevimiento, puso á la ciudad entredicho, hasta tanto que no se anulase el pretendido senado que habian osado restablecer, y que no se expeliese á los secuaces de Arnaldo de Brescia, autores de todos los males. La misma fortaleza manifestó en sus desavenencias con Guillermo II., rey de Sicilia, á quien excomulgó hasta que este príncipe restituyó los bienes que habia quitado á la santa sede; y con el emperador Federico I., que reduxo, á pesar de todo su orgullo, á servirle de escudero ántes de ceñir sus sienas la corona imperial. Jamas se desmintió en las circunstancias mas delicadas, y qualesquiera que fuesen los intereses que tuvo que conciliar, y enemigos que combatir, sostuvo hasta la muerte aquel carácter vigo-

roso y prudente, que constituye la verdadera grandeza de los que han nacido para regir á los demas hombres.

Alexandro III, que subió á la silla inmediatamente á la muerte de Adriano, tuvo aun mayores asuntos que manejar, y enemigos mas formidables que disipar ó reducir que su predecesor. De un espíritu fuerte, de un ingenio vasto y eminente, entendimiento dotado del mas raro talento, se mostró mas digno del sublime lugar en que estaba colocado que ninguno de sus predecesores. Sin tener la fortaleza y severidad de Gregorio VII. poseyó todo lo apreciable y verdaderamente grande de este pontífice. En circunstancias mas embarazosas, con enemigos mas formidables, combatido por un cisma poderoso que servia de pretexto á los que el interes ú la venganza excitaba á depreciarle, fué por sus decisiones el oráculo de la Iglesia: por cabeza no queria la envidia reconocerle. En vano tres anti-papas sostenidos por el emperador y el rey de Sicilia le disputaban su dignidad, en vano los derechos que se oponian al suyo parecian autorizados por un concilio numeroso; disipó todas estas borrascas conduciendo las cosas al término que deseaba con su paciencia y habilidad; vió á los príncipes que le rehusaban el nombre de papa reunidos á aquellos que nunca habian desconocido la legitimidad de su eleccion; y el último de sus rivales, abandonado de todo el mundo, vino á caer á sus pies, teniéndose por feliz en ser contado entre las hechuras de aquel cuyo igual se habia constituido. La Francia, que fué tambien el asilo de Alexandro mientras se le disputaba la silla, no contribuyó poco á su triunfo por el exemplo de sumision que dió á las demas naciones christianas. El momento mas glorioso de su pontificado fué aquel en que el soberano Federico puso á los pies de Alexandro sus pretensiones y su orgullo, confesándose culpable, recibiendo una absolucion pública de las mismas empresas que habia mirado como sus mas bellas acciones. Este dicho término de tantas discordias, debido únicamente al talento y sabia política de Alexandro, es su mayor elogio y la mejor prueba de la mente elevada que toda la Iglesia admiró en este ilustre papa.

Habiendo sido la cátedra pontificia ocupada por unos hombres tan superiores en capacidad y luces á la mayor parte de los soberanos que regian los diferentes estados de

la Europa, su poder ya respetable por la religion, debía ser mayor que el de todos los otros, y elevarse notablemente sobre todos los príncipes christianos. El estado de las cosas y su natural curso debian conducir á los papas al punto de verse á un mismo tiempo los oráculos de la christiandad, y los árbtros de la sociedad política en Occidente. Todo concurría á llevarlos á aquel término, al qual aspiraban constantemente muchos siglos habia, por todos los medios que les habian proporcionado el acaso y la reflexion. Llegaron en fin á él en medio de las contradicciones y obstaculos, porque supieron esperar los momentos favorables, y aprovecharse de ellos avivando ó suspendiendo su carrera segun los tiempos y circunstancias, recobrando por un camino lo que parecia haber perdido por otro. Era, pues, imposible que el poder temporal no llegase á unirse con el espiritual en los pontífices de Roma, y que uno y otro no se acrecentasen mas y mas.

ARTICULO VII.

Segunda y tercera cruzada. Estado de la iglesia latina en el Oriente.

Hemos referido la historia de la primer cruzada hasta el fin del oncenno siglo. Las cosas de los príncipes latinos, y el estado de las iglesias que habian fundado no habian tenido mudanza alguna al principio del duodécimo. El reyno de Jerusalem, gobernado por Balduino I, permanecia tan débil; los principados que se habian formado en Palestina y en Siria no lo estaban ménos; aquellos numerosos exércitos que amenazaban la próxima ruina de la potencia musulmana se habian disipado con las sangrientas guerras; los efectos del clima, y los desórdenes, y la division que reynaba entré los príncipes mahometanos hacian toda la fuerza de los christianos. Pero no supieron valerse casi de aquellas felices circunstancias, que bien aprovechadas hubieran dado lugar á consolidar su establecimiento y extender su dominacion. Mutuamente entregados á viles zelos, y despedazados con funestas discordias, tornaron los unos contra los otros aquellas mismas armas que la religion les habia puesto en la mano solo para vengar sus injurias y destruir á sus enemigos.

Estas competencias y las guerras de que fueron origen favorecian demasiado los proyectos de los sarracenos para que se descuidasen en sacar ventajas de ellas. El interes comun los reunió contra unos príncipes divididos y debilitados, de quienes era facil triunfar mientras se ocupaban solo en sus discordias y venganza. Atacaron sucesivamente los musulmanes los estados de los latinos, mal defendidos por tropas extenuadas, y que habian perdido su antigua bravura con el calor del clima y la molicie: la mayor parte de las plazas que la primera cruzada habia sometido al yugo de los christianos cayeron en manos de sus enemigos. El reyno de Jerusalem, indefenso y casi reducido al recinto de la ciudad, se aproximaba cada dia á su ruina. La batalla que Balduino I perdió junto á Joppe, por empeñarse temerariamente en el combate con fuerzas inferiores, acrecentó mas la superioridad de los infieles, haciéndolos mas atrevidos en sus empresas. Con todo, habiendo este príncipe recibido algunos nuevos socorros de Occidente, reparó algun tanto sus pérdidas, y los negocios de los christianos tomaban un nuevo aspecto quando murió en 1178.

Balduino II, que subió entónces al trono de Jerusalem, tenia talento para la guerra y el gobierno. Estuvo continuamente armado contra los infieles; pero el sucesos de sus expediciones no siempre correspondió á su valor y capacidad. Despues de ganar algunas ventajas sobre los sarracenos, tuvo la desgracia de caer en su cautiverio, no pudiendo recobrar su libertad sino á costa de agotar sus rentas. En vano procuró borrar el cenrojo de su cautividad con la conquista de Alepo y otras empresas. Sus armas fueron casi siempre desgraciadas, y murió sin tener la satisfaccion de vengarse. Sin embargo, dexó el reyno de Jerusalem mas dilatado y mas en estado de defensa que lo habia hallado á su exáltacion al trono; habia asimismo mas union y concierto entre los príncipes christianos que en tiempo de su predecesor, y la causa comun que les interesaba mas que nunca tenia mayor influxo en sus resoluciones y conducta.

Pero esta concordia no duró mucho. Fulques, conde de Anjou, yerno de Balduino II, á quien sucedió, se ocupó muchas veces en reconciliar ó someter á los príncipes latinos, que los zelos ó el interes dividian hasta el punto de